

OTROS DOS LIBROS DE RAFAEL MÚGICA

El bien conocido poeta donostiarra continúa regalándonos con los frutos de su ingenio. A fines de 1948 apareció un pequeño libro suyo de versos en la colección "Halcón" (1), y a principios del año que ahora corre, un nuevo volumen ha sido publicado por "La Isla de los Ratones" (2); firmado el primero de ambos con su habitual seudónimo "Gabriel Celaya", y el segundo con éste y con otro casi recién estrenado: "Juan de Leceta". Múgica está montado así, con su propio nombre y sus seudónimos, un retablo titiriteril, al tratar de alojar en cada una de las distintas firmas una personalidad diferente. El procedimiento se halla muy lejos de ser inédito, pero sigue resultando tan divertido como siempre.

La poderosa, agudísima y, casi siempre, feliz intuición poética de Rafael Múgica se nos manifiesta multiformemente en el delicioso tomito de la colección "Halcón", con variedad de módulos expresivos, obedeciendo casi siempre a una visión del mundo deliberadamente simple (aunque quizá menos de lo que quiere parecer) y auténticamente humana (la solapa de la cubierta llega a hablar, un poco gratuitamente, de antipanteísmo). Desnudando a esta visión no sólo de todo lo extrahumano, sino también de todo lo superior del propio hombre, el libro de "La Isla de los Ratones" —que no es ya un libro de poesía—, nos da la amarga, áspera, penosamente masticable y casi imposible de tragar, seudofilosofía del autor: visión en estrecha correspondencia —¿conciente o no?— con las

(1) «Objetos poéticos», vol. 11 de «Halcón, Colección de poesía». Valladolid, 1948.

(2) «Las cosas como son (un decir)». Primer tomo de la colección «La Isla de los Ratones». Santander. 1949.

manifestaciones más *terre à terre* del *dernier cri* existencialista. A propósito de este último, interesa hacer constar que las preocupaciones y despreocupaciones máximas de Rafael Múgica son, en gran medida, las mismas de nuestro tiempo, lo que concede a sus páginas un valor muy apreciable. Cabe, sin embargo, el temor de que, a fuerza de ser actual, su libro caiga en el extremo de ser un libro de moda.

Aunque editado en 1948, "Objetos poéticos" fué escrito en 1940-41, si hemos de creer a la solapa de su cubierta. De "Las cosas como son (un decir)" no poseo datos concretos; es posible que haya sido escrito muy recientemente. En todo caso, y aunque ambos libros son fundamentalmente diferentes, el segundo resulta en cierto modo continuación del primero, cuyas páginas finales marcan la transición de una a otra obra. Versos como los siguientes:

"Debo ser muy poco
cuando éso me basta.
Debo ser un hombre.
(Saberlo me calma).
.....
Yo, con mi sabrosa
sustancia, me basto.
Yo, con ser un hombre,
me siento contento"

preludian ya, en su fondo y en su forma, el género de "Las cosas como son (un decir)": el que sólo puede ya firmar "ese fantasmón que llamo Juan de Leceta", quien "se atreve a escribir lo que a mí me avergonzaría pensar", como dice "Gabriel Celaya" en el prólogo de este último libro, ya en pleno juego pirandelliano del desdoblamiento.

Abstracción hecha de estas páginas finales que suavemente inician la transición hacia el "juandelecetismo", "Objetos poéticos" viene a ser muy exactamente lo contrario de "Las cosas como son (un decir)". Y esta contrariedad aparece —querida o no— en los títulos mismos de ambas obras. Es el primero un verdadero libro de poesía, mientras el segundo es el libro de las cosas tales y como Rafael Múgica cree que son; o sea, prosaísmo puro desde el principio hasta el fin.

Y es precisamente en la pureza misma de su prosaísmo donde reside el considerabilísimo valor estético del tomito, ya que resulta casi milagroso el mantener, como en él se mantiene, a lo largo de cuarenta páginas de verso densísimo, esa inflexible unidad de tono

y esa armonía verdaderamente perfecta entre la forma y el fondo, que es uno de los básicos secretos de la creación artística y también —desde hace tiempo— una de las más notables y afortunadas conquistas de Rafael Múgica. Lástima que esta envidiable cualidad literaria no logre desprenderse de la compañía de un subjetivismo tan desenfrenado que con frecuencia llega a ser exhibicionismo puro y simple. Ciertamente que la obra de Rafael Múgica, como toda obra que encierra valores estéticos duraderos, será en definitiva juzgada muy a distancia de la persona de su autor, sin parar la atención en ésta más que *a posteriori*; y entonces importará poco el que el poeta se refiriese continuamente a hechos reales o a hechos inventados. Pero es que también los hechos reales, hay que saber objetivarlos; aquí estriba otro de los grandes secretos de la creación artística, y esta vez preciso es decir que nuestro escritor no ha dado todavía, en ninguna de sus obras, prueba suficiente de poseerlo.

J. M. de A.

